

Cuando el *Diario de los Debates*, conociendo al fin lo ridículo de su posición, repitió contra sus adversarios políticos las palabras amenazadoras que estos tenían en los labios, la oposición dinástica sintió en los tuétanos de sus huesos el mismo terror, que el *Diario de los Debates* cuando hacía sus reverencias. Manolito el carpintero, ese redactor universal de periódicos, dejó al *Diario de los Debates*, y fué á escribir en el *Constitucional*, en el *Correo* y en el *Siglo*. Su situación, sin embargo, era insostenible: por una parte, estos periódicos habían echado fieros y amenazas por la boca; y por otra, no tenían aliento ya para conformar á sus principios sus actos. En tan apurada situación, su nuevo redactor les apuntó una idea que acogieron con aclamación unánime, como parto de tan clarísimo ingenio: esta idea consiste en defender en la tribuna los principios proclamados, y en votar después contra esos mismos principios. Así satisfacen á un tiempo mismo..... me equivoqué; primero, á su honra, y después á su pavora.

Considerada bajo este punto de vista la discusión sobre el proyecto de ley constitutivo de la regencia, no dejará de ser curiosa: allí veremos á los puritanos de la izquierda proclamar los principios más patrióticos en sus discursos, y sacrificarlos después en sus votaciones, todo para la mayor honra y para el mayor provecho de la patria. Allí veremos revolucionarios que no entienden de achaque de revoluciones, y conservadores que no entienden de achaque de monarquías, ¿Pues no están creyendo los revolucionarios que han hundido en la huesa á los conservadores, porque les han quitado á Dufaure y su imperceptible falanje? ¿Pues no están creyendo los conservadores que han ganado la más descomunal batalla con el más descomunal gigante, porque han sacado á su candidato presidente por unos cuantos votos? Si esto sigue como va, esta nación, que ha echado á reñir con la Europa á un tiempo mismo catorce grandes ejércitos, llamará dentro de poco, como los niños, batallas campales á las batallas de alfilerazos.

Paris, 20 de agosto.

OCÚPASE la Cámara de los diputados en la famosa discusión sobre el proyecto de ley que constituye la regencia. Vds., que tan cuidadosos se han manifestado siempre de tener á sus lectores al corriente de las discusiones más importantes del parlamento francés, no habrán abandonado ciertamente en esta ocasión su antigua costumbre; por esto, y porque para manifestar á Vds. mi opinión sobre estos debates solemnes, es necesario de toda necesidad considerarlos en su conjunto y después de concluidos, me reservo para manifestar á Vds. mi manera de sentir en este particular, más adelante.

Entre tanto, los lectores del *Heraldo* no llevarán á mal que ocupe su atención con algunas consideraciones sobre los principales oradores de la Cámara francesa, aprovechando esta ocasión en que todos hacen vistoso alarde de sus armas.

El primer orador eminente que ha entrado en el debate sobre la cuestión de la regencia, ha sido Mr. de Lamartine; y Mr. de Lamartine es uno de aquellos hombres que más poderosamente llaman la atención de los que, como yo, son inclinados al estudio de los caracteres y del corazón humano.

Poeta de primer orden, y político ambicioso, vivió sus prime-

ros días atormentado por su genio, y vive hoy atormentado por su orgullo. Su educación literaria fué clásica; su educación política, monárquica; su educación moral, religiosa. Cuando nació á la vida de la inteligencia, miró alrededor de sí, y sus ojos pudieron contemplar llenos de espanto la sangrienta huella que en el suelo de la Francia habian dejado las revoluciones. Tenía á la sazón en sus manos el estandarte de la reacción política, religiosa y literaria Chateaubriand, cisne divino que cantó á la Europa los cánticos del Cielo: poeta inspirado, misionero sublime, que para derramar por todas partes la palabra evangélica, la palabra civilizadora, abandonó su hogar, y se fué peregrinando por el mundo. Las obras de Chateaubriand fueron el primer encanto de Lamartine; la gloria de Chateaubriand fué su primera ilusión, y como la primera, la más pura de todas sus ilusiones: alcanzar también esa gloria, fué su primera esperanza. Dotado de una riquísima vena, de una imaginación ardiente á un mismo tiempo y fecunda, nutrido con la lectura de todos los grandes poetas, y llevado como por la mano, por el más grande poeta de su siglo, Lamartine puso sus ojos en Dios, sus manos sobre la lira, y dejó escapar de sus labios los más puros, los más blandos, los más inefables acentos. Entonces dió á luz sus primeras *Meditaciones*.

Estas *Meditaciones* serán siempre el más suave manjar para las almas tiernas, religiosas y doloridas: en ellas, Lamartine no es un poeta que canta, es un poeta que gime: y sin embargo, no gime como los demás hombres; gime como los poetas, cuyo gemido es un consuelo para los desventurados del mundo. Consideradas estas primeras *Meditaciones* bajo el aspecto del arte, son un modelo en el género religioso y elejiaco. Distínguense por la suavidad de los toques, por lo correcto de la dición, por la blandura de las tintas. Es monótono, porque es monótono el dolor; pero dá el último toque á sus composiciones tan á tiempo y con tan maravilloso artificio, que evita siempre el cansancio, ese escollo de los poetas plañidores y lastimeros: yo no conozco nada más difícil, que acertar á dar la conveniente extensión á las composiciones consagradas á la expresión de las melancolías del alma, y á la alegría de los festines:

no conozco en este género más que dos modelos acabados: Lamartine, y Anacreonte. Nuestro Melendez puede ser imitado sin peligro. En cuanto á nuestro gran Herrera, ídolo de la escuela sevillana, y hasta cierto punto, por su magnificencia lírica, de todos los amantes de las letras españolas, no es un poeta elejiaco sino cuando vierte la inspiración bíblica á nuestro idioma; fuera de ahí, es un escritor de malas elegías.

Después de haber publicado sus *Meditaciones*, dió á luz Lamartine sus *Armonías Poéticas*. En esta nueva publicación, se manifestó más rico, más variado, más viril, pero también más impaciente de todo yugo, más libre de todo freno. Consideradas las *Armonías Poéticas* en sus pormenores, llevan una gran ventaja á las *Meditaciones* religiosas; pero se quedan muy atrás, consideradas en su conjunto: las *Armonías* son superiores bajo el punto de vista de la inspiración, pero son inferiores bajo el aspecto del arte. En este sentido, puede decirse con verdad, que en esta nueva publicación de Lamartine, hay por un lado progreso, y por otro lado, decadencia. Sin embargo, fácil era de adivinar que la decadencia habia de prevalecer, siguiendo este camino arriesgado; como quiera que los poetas que se emancipan del arte, para convertirse en esclavos de lo que llaman sus propias inspiraciones, van siempre á caer en un vago y vaporoso somnambulismo.

En esta época crítica para nuestro poeta, se verificaron dos grandes acontecimientos, privado el uno, público el otro, que aceleraron su transformación absoluta. Hablo de la revolución de julio, y de su viaje á Oriente. Su viaje le transformó de poeta católico en poeta panteísta; la revolución le transformó de poeta en hombre de Estado: Lamartine no fué nunca un poeta católico de buena ley. El Catolicismo no fué nunca para él una religión, sino una poesía: no le cantó, porque estuviese hondamente poseído de su belleza moral, sino porque, al abrir sus ojos á la luz, sintió sus ojos deslumbrados con sus magníficos resplandores. Lamartine, por otra parte, no es hombre que siente, sino hombre que imagina sus sentimientos. Cuando transportado al Oriente, se sentó en la cuna misma de todas las religiones, su alma, ambiciosa de volar por nuevas esferas

y de descubrir nuevos horizontes, se sintió como anegada en aquellos vagos y espléndidos recuerdos de las religiones orientales. Dueño el Oriente de su imaginación, fué dueño del hombre. Entonces le sucedió lo que á los filósofos de la escuela de Alejandría; que turbada su alma con el riquísimo y variado espectáculo de todas las filosofías y de todas las religiones del mundo, quiso construir con sus manos una religión, de los aglomerados escombros de todas las religiones; y una filosofía, de los fragmentos dispersos de todas las filosofías. La nueva filosofía y la nueva religión habian de ser una misma cosa; y esa cosa habia de ser la más comprensiva, la más general que fuera posible; era necesario abarcar y explicar en una sola fórmula á Dios, al mundo y al hombre; seres idénticos y unos en su esencia, variados y múltiples en sus manifestaciones: esta filosofía, que es una religión, se llamó *Filosofía Humanitaria*: esta religión, que es una filosofía, se llamó *Panteísmo*. En el dogma panteístico, todo lo que existe, es parte integrante de Dios; Dios es todo lo que existe; de cuya confusión exótica y extravagante viene á resultar, que ni Dios es Dios, ni el mundo es mundo, ni el hombre es hombre: los filósofos alexandrinos, queriendo renovarlo todo, fueron á parar, de consecuencia en consecuencia, al aniquilamiento de todas las cosas. Si la cabeza más firme se siente desvanecida con esta confusión de todas las filosofías y de todas las religiones del mundo, la de Lamartine, que nunca estuvo muy segura, y que no está construida para ser asiento de grandes doctrinas filosóficas, se desvaneció de una manera lamentable. Los primeros frutos de esta transformación fueron el poemita intitulado *Jocelin*, y el que intituló *la Caída de un Ángel*. Uno y otro no son más que fragmentos de un poema de gigantescas proporciones, en el cual la humanidad es el héroe, y el universo el teatro. Considerados esos poemas por el aspecto filosófico, son la exposición laboriosa y oscura de los misterios del panteísmo oriental; misterios, que están harto mejor explicados y harto mejor desenvueltos en Proclo y en Plotino. Considerados bajo el aspecto del arte, hacen venir las lágrimas á los ojos, al considerar en el ángel purísimo que llevó como una suave ofrenda al altar sus castas modulaciones, un ángel bañado todavía

de luz, pero derrocado del Cielo que no quiso por morada. En vano se procurará encontrar en estos poemas aquel artificio de distribución, aquella suavidad de lineamientos, aquella tersura y limpieza de dicción, aquella blandura de toques, aquella rica sobriedad de imágenes; aquella estudiada graduación de tintas; en una palabra, aquel sentimiento profundo de la belleza poética; de la belleza del arte, que se descubre en sus *Armonías Poéticas* y en sus *Meditaciones* religiosas. El estilo es difuso y descuidado, la dicción es incorrecta, la distribución de las partes, arbitraria: la vena del poeta es fecunda y abundantísima siempre; pero desde luego se echa de ver que el poeta, perdido el dominio sobre sí propio, se abandona á la merced de sus inspiraciones, sin saber sacar partido de esa fecundidad, ni poner límites á esa peligrosa abundancia. El raudal de su poesía corre siempre abundoso, pero no limpio: porque ha salido de su lecho, y corre sobre malezas que le enturbian, libre de la prisión de sus márgenes.

Una palabra todavía, para explicar la transformación que ha sido origen de su decadencia. Lamartine, nacido en una época de restauración religiosa, en una época en que esa restauración se verificaba bajo los auspicios de un hombre de genio que se consagró, más bien que á explicar los dogmas austeros, á cantar las magnificencias y las pompas de la religión cristiana, no vió nunca en la religión la fuente de la verdad, sino la fuente de la poesía; y con la sed poética en los labios, fué á beber las vivas aguas de esa fuente. Aplacada su sed, se consideró á sí propio; y reconociéndose poeta, no creyó necesario beber ya de aquellas aguas; sino abandonarse á sus propias inspiraciones. Esta transformación de su alma se manifiesta ya en sus *Armonías poéticas*, en las cuales comienza á despuntar, como he observado antes; aquella espontaneidad de inspiración, que habia de ser causa y origen de más trascendentales mudanzas. Llegado al Oriente; dió un paso más: y no se contentó con decir — «la poesía es independiente de la religión»; — sino que pasando mas allá, dijo; — «la fuente de la religión es la poesía.» — Entonces escribió sus últimos poemas, en donde se revela una nueva religión á los hombres, y se anuncia un nuevo

dogma á los pueblos. En sus *Meditaciones*, Lamartine es el poeta religioso, el poeta esclavo del dogma: en sus *Armonías*, es el poeta independiente, el filósofo racionalista: en sus últimos poemas, es el poeta dios, el filósofo panteísta del Oriente. Su caída es la caída del ángel de las tinieblas: quiso ser Dios, y no pudo ser Dios, y dejó de ser ángel: quiso ser más luminoso, y fué todo oscuridad: quiso escalar el Cielo, y fué derrocado al abismo.

Sigámosle en sus transformaciones políticas, como le hemos seguido en sus transformaciones poéticas y religiosas.

Lamartine comenzó por venerar profundamente el dogma de la unidad del poder, y de la legitimidad de los reyes, como el dogma fundamental de la ciencia. Cuando creyó en la autoridad religiosa, tuvo fé en la autoridad política. Cuando creyó en las reglas inflexibles del arte, creyó también en los principios inmutables por los que se rigen y gobiernan las sociedades humanas: cuando creyó que había un código de deberes para los poetas, creyó que había un código de deberes para los pueblos. En esta primera época de su vida, alejado de los negocios, no consideró la política sino en abstracto, y acató los dogmas recibidos como un súbdito reverente. Pero llega la revolución de julio; y llega, cuando se había verificado ya la primera transformación de su alma en la región de la poesía: y de la misma manera que había dicho en presencia de su Dios: — «yo soy, y soy por mí mismo, y vivo de mi propia vida» — dijo también, — «el pueblo existe, y existe con una vida propia; y existe con derechos, con derechos iguales á los derechos de sus reyes; el dogma de la legitimidad existe, pero existe también el dogma de la soberanía del pueblo.» — Entonces, hombre del pueblo, quiso ser partícipe de su soberanía, y fué elegido diputado. En la primera época de su diputación, anduvo oscilando entre el dogma de la soberanía nacional y el dogma de la legitimidad de los reyes. Era legitimista por sus recuerdos, y revolucionario por sus nuevas inclinaciones. Entonces militó debajo de las banderas del partido conservador, partido análogo á la índole propia de sus nuevos principios, puesto que se propone por objeto una perpétua transacción entre el orden y la libertad, entre los derechos de los pueblos y los

derechos de los príncipes. Pero vino la época de su última transformación poética; y entonces de la misma manera que había dicho — «la fuente de la religión está en la poesía; el poeta hace nacer las religiones de sus propias entrañas; el poeta es Dios» — dijo: — «los reyes se hacen por la voluntad de los pueblos; el pueblo es el criador; los reyes son su hechura; el pueblo es soberano: el rey es súbdito del pueblo; ó, por mejor decir, el pueblo es rey.» —

Con efecto: léase su último discurso, su discurso sobre la cuestión de la regencia, y se verá que en él no dice otra cosa; quiere la regencia electiva y la regencia de la madre; y quiere la una y la otra, para que el pueblo tenga ocasión de advertir á los reyes, que han nacido del polvo, y que se han de convertir en polvo con el tiempo.

Tal es el estado actual de sus transformaciones. No pudiendo permanecer por más tiempo en las filas del partido conservador, y no atreviéndose todavía á llevar en su bandera los colores democráticos, está al frente de un tercer partido, que se llama socialista, ó conservador progresivo. Este hombre será un obstáculo constante al desarrollo de las ideas monárquicas y conservadoras. ¡Desventurados, una y mil veces desventurados los pueblos que han puesto su suerte en las manos de los hombres, y han olvidado el culto de los principios!